

“Las crónicas de Ana, una docente de preescolar”

L.E.P: Jessica Eugenia Avila Pacheco

Curso “El aprendizaje en preescolar, un desafío para la práctica docente”

Campus con Rumbo

Nivel: Preescolar

Mérida, Yucatán a 07 de diciembre del 2024

Introducción

La narrativa que a continuación se presenta tiene como propósito explorar los elementos más relevantes del curso "El aprendizaje en preescolar, un desafío para la práctica docente", y reflexionar sobre los desafíos y las oportunidades que presenta el proceso de enseñanza y aprendizaje en la etapa preescolar. A lo largo de esta narrativa, se abordarán las experiencias, conocimientos y herramientas adquiridas durante el curso, enfocándose especialmente en cómo estos influyen en la manera en que los docentes pueden promover un aprendizaje significativo en los niños pequeños. Las reflexiones que aquí se exponen están centradas en comprender que enseñar y aprender en preescolar no es solo una cuestión de transmitir contenidos, sino de crear un entorno en el que el niño sea el protagonista de su aprendizaje, desarrollando habilidades cognitivas, sociales y emocionales que forman la base de su futura educación. A través de esta narrativa, se pretende ofrecer una visión integral de los retos diarios y las estrategias necesarias para enfrentar el desafío de enseñar en este nivel educativo.

“Las crónicas de Ana, una docente de preescolar”

Ana se despertó una vez más con el sonido de su despertador, como cada mañana, antes de que los rayos del sol iluminaran su habitación. Miró el reloj: era temprano, pero tenía que aprovechar cada minuto. Como maestra de preescolar, sabía que su día sería intenso, lleno de decisiones, interacciones y, sobre todo, aprendizajes. Había decidido entrar al mundo de la educación infantil, consciente de que, como decía Pestalozzi, "el niño debe ser el centro de su propio aprendizaje", pero la práctica cotidiana le revelaba que esa idea implicaba mucho más que un simple ideal. La educación no era un camino recto, sino un territorio en el que los desafíos se presentaban a cada paso, especialmente en el nivel preescolar.

A lo largo de los años, Ana había aprendido que enseñar en esta etapa no solo implicaba preparar lecciones, sino crear escenarios propicios para el aprendizaje. Recordaba las palabras de Friedrich Froebel, quien sentenció que "la educación es el arte de ayudar a los niños a hallar su propio camino". La tarea de una maestra de preescolar no era simplemente transmitir conocimientos, sino ofrecer el espacio adecuado para que los niños, a través del juego y la exploración, pudieran desarrollar sus habilidades cognitivas, emocionales y sociales. Para Ana, el aula debía ser un lugar donde las emociones pudieran fluir libremente, sin barreras. El aula debía ser una extensión de su propio hogar, un lugar en el que los niños pudieran sentirse seguros, amados y respetados.

Hoy, como todos los días, Ana tenía que tomar decisiones importantes sobre cómo organizar su aula. El espacio debía ser flexible, ya que los niños de preescolar, como decía María Montessori, necesitan libertad para moverse y explorar. Recordaba también las palabras de la pedagoga italiana sobre el ambiente preparado, un concepto que adoptó con entusiasmo: "El niño que ha sido educado de acuerdo con sus necesidades y capacidades se convierte en un adulto libre". Esta libertad se traducía en ambientes bien organizados, en los que los materiales educativos estuvieran al alcance de los niños, permitiéndoles tomar decisiones autónomas en su proceso de aprendizaje.

Sin embargo, Ana sabía que la planificación no era tarea sencilla. La organización del aula debía contemplar los diferentes ritmos de aprendizaje de los niños. Algunos avanzaban rápidamente, mientras que otros requerían más tiempo y apoyo. A veces, se encontraba ante la necesidad de adaptar su plan de clase a cada situación, respetando las identidades de sus estudiantes, sus intereses y sus necesidades emocionales. El compromiso ético de respetar los derechos de los niños era, para Ana, la base sobre la que se construía cada actividad, cada tarea. "El niño tiene derecho a ser escuchado, a aprender a su propio ritmo, y a sentir que su voz es importante", pensaba mientras organizaba su jornada. El aula debía ser inclusiva, respetuosa con la diversidad, y en ella debía caber tanto la personalidad única de cada niño como la cultura familiar a la que pertenecían.

Además, uno de los desafíos más grandes que enfrentaba Ana era el uso de las tecnologías de la información. Aunque entendía que la tecnología podía ser una

herramienta poderosa para enriquecer la enseñanza, sabía que debía ser utilizada con criterio. Las pantallas nunca podían sustituir el contacto directo, el juego o la interacción social. Sin embargo, cuando usaba videos educativos o juegos interactivos, trataba de hacerlo de manera que complementara y no desplazara el proceso natural de aprendizaje. Los niños necesitaban, más que nunca, aprender a convivir con los medios digitales, pero siempre guiados por un adulto que les mostrara cómo utilizar estas herramientas de manera ética y respetuosa.

El juego, como bien lo sostenía Froebel, era otro pilar fundamental de su práctica. En su clase, Ana promovía el juego libre, pero también organizaba juegos dirigidos que ayudaban a los niños a aprender conceptos básicos de matemáticas, lectura o ciencias a través de la acción. El juego no solo era una forma de aprender, sino también una vía para explorar las emociones, desarrollar habilidades sociales y fomentar el trabajo en equipo. Además, Ana sabía que el arte tenía un papel esencial en este proceso: los niños pintaban, modelaban con arcilla, cantaban y bailaban. Todo esto les permitía expresar sus sentimientos y pensamientos, desarrollar su creatividad y, sobre todo, conocerse a sí mismos.

Una de las cosas que más le importaba a Ana era la colaboración con las familias de sus estudiantes. Sabía que los padres y cuidadores tenían un papel fundamental en el proceso educativo. A lo largo de los años, había trabajado en estrecha colaboración con ellos, compartiendo avances, dificultades y estrategias de apoyo. Les pedía que participaran en las actividades escolares, que asistieran a reuniones y que compartieran con ella las inquietudes sobre el desarrollo de sus hijos. Esta relación constante y cercana le permitía conocer mejor a sus estudiantes y entender mejor sus contextos, lo que enriquecía su práctica docente. "Es fundamental que las familias se involucren activamente en la educación de sus hijos", solía decir, convencida de que la educación no es tarea de un solo actor, sino un esfuerzo conjunto entre docentes y familias.

Ana había llegado a comprender, con el tiempo, que la planificación de una clase no solo era un ejercicio técnico, sino una manifestación del compromiso ético y profesional de ser docente. La maestra de preescolar debía ser flexible, empática y estar dispuesta a adaptarse a las necesidades cambiantes de los niños. A lo largo del día, ella se esforzaba por garantizar que todos sus estudiantes tuvieran la oportunidad de aprender, crecer y ser felices en un entorno respetuoso, inclusivo y lleno de amor. Aunque el trabajo parecía infinito y los desafíos no desaparecían, Ana sentía una profunda satisfacción al ver cómo sus niños aprendían, jugaban, se emocionaban y crecían, porque sabía que en ese proceso estaba contribuyendo a la construcción de un futuro más humano y consciente para todos.

A medida que el día llegaba a su fin, Ana reflexionaba sobre todo lo vivido en el aula. Sabía que, como docente, su tarea no se limitaba a enseñar contenido, sino a acompañar a cada niño en su propio camino de descubrimiento, respeto y aprendizaje. En cada interacción, en cada actividad, tenía la oportunidad de moldear el futuro de esos pequeños seres humanos, pero también de transformar su propia labor como educadora. Era

consciente de que, como cualquier otro proceso de aprendizaje, el suyo no debía detenerse. Ser una mejor docente no era un objetivo a alcanzar una sola vez, sino un proceso continuo de evolución y autocrítica.

Ana comprendió que para ser una educadora eficaz en el nivel preescolar no solo bastaba con tener una formación sólida y experiencias previas; también debía estar dispuesta a actualizarse constantemente, a cuestionar sus prácticas, a adaptarse a los cambios que la sociedad y la educación exigían. Las metodologías educativas estaban en constante transformación, y con ellas, las necesidades y características de los niños. Incorporar nuevas herramientas pedagógicas, como el uso adecuado de la tecnología, las estrategias inclusivas, o las últimas investigaciones en neuroeducación, era esencial para mantenerse a la vanguardia y ofrecer lo mejor a sus estudiantes. La formación continua no solo se encontraba en los cursos y seminarios, sino también en la observación constante del contexto educativo, en el aprendizaje compartido con colegas y en la reflexión profunda sobre lo que funcionaba y lo que no dentro del aula.

Ana también entendió que ser mejor docente no solo dependía de la cantidad de conocimientos que pudiera transmitir, sino de la calidad de las relaciones que establecía con los niños, sus familias y sus colegas. La empatía, la paciencia, el compromiso ético y la capacidad para escuchar y respetar las individualidades de cada niño se convirtieron en sus pilares fundamentales. Con el tiempo, se dio cuenta de que uno de los mayores desafíos y, al mismo tiempo, de los mayores logros, era saber escuchar no solo a los niños, sino a su propia voz interior, esa que le indicaba cuándo era necesario cambiar de enfoque, cuándo era preciso ser más flexible, o cuándo debía tomar un respiro para seguir adelante con renovada energía.

El trabajo colaborativo entre docentes también fue clave para su crecimiento. Ana sabía que la enseñanza no era una tarea solitaria. Compartir experiencias, reflexionar sobre las mejores prácticas, y recibir retroalimentación de sus compañeros le permitió enriquecerse y aprender de otros enfoques y perspectivas. El apoyo mutuo era esencial para enfrentar los retos del día a día y para construir una comunidad educativa más sólida.

En conclusión, Ana sabía que ser mejor docente no significaba ser perfecta, sino estar en constante aprendizaje, con una mente abierta y un corazón dispuesto a seguir creciendo y a adaptarse. Ser una maestra de preescolar era, ante todo, un compromiso con la infancia, con la educación y con el futuro, y eso implicaba, sin lugar a dudas, una actualización constante tanto de sus conocimientos como de sus prácticas. Al final de cada jornada, Ana se iba a casa con la certeza de que, aunque el camino fuera largo y lleno de desafíos, estaba cumpliendo con su misión: ayudar a los niños a encontrar su propio camino hacia el aprendizaje y el desarrollo integral.

Conclusiones

A manera de conclusión me gustaría agregar a esta narrativa que cualquier trabajo implica un desafío, pero ser docente implica no solo un desafío si no grandes sacrificios a tu vida en preescolar ya que actualmente no es valorado que los docentes no solo trabajamos dentro de un horario si no que debemos sacrificar algunos aspectos de la vida personal como la pareja, ser madres o padres presentes, emprendedores, etc. En ocasiones las ideas se nos agotan al hacer la planeación y las estrategias no salen como lo esperábamos, pero siempre lo intentamos de nuevo al día siguiente, realizamos gestiones, organizamos eventos y estamos para escuchar o apoyar a nuestros alumnos y sus familias.

Este curso, aunque breve, me ha dejado una profunda reflexión sobre la enseñanza en preescolar y el valioso aprendizaje que he adquirido. A través de las experiencias compartidas por mis compañeros y las diversas estrategias discutidas, pude enriquecer mi perspectiva sobre la práctica docente y sobre mi rol como educadora. Las conversaciones y el intercambio de opiniones con otros docentes me han permitido ver nuevas formas de abordar los desafíos que enfrentamos en el aula, especialmente la importancia de la colaboración entre nosotros para mejorar la calidad educativa y el ambiente de aprendizaje.

Por último, me gustaría mencionar que este curso también me ha dado la oportunidad de valorarme como docente y como persona. He aprendido a reconocer mis esfuerzos y a entender que ser una maestra no solo implica enseñar, sino también crecer y mejorar continuamente. En cada clase, busco dar lo mejor de mí misma, adaptándome a las necesidades de los niños y a los retos que surgen, pero también aprendiendo de cada momento y cada situación.

Quiero reconocer especialmente a la maestra que impartió este curso. Su dedicación y compromiso fueron evidentes en cada sesión, siempre pendiente de nuestras dudas y proporcionando una orientación constante que enriqueció nuestra experiencia. Gracias a su enfoque cercano y profesional, pude reflexionar sobre mi práctica docente de manera más profunda y consciente, lo que sin duda fortalecerá mi trabajo con los niños. Este curso ha sido una valiosa oportunidad de crecimiento personal y profesional, y estoy agradecida por haber podido formar parte de él.